

## PRÓLOGO

Carmen Castellote fue una de las conocidas como “niñas de la guerra”, de los “niños de Rusia” en su caso, ya que en junio de 1937, cuando solo tenía cinco años, apenas unas semanas después del bombardeo de Gernika, sus padres la enviaron junto a otros miles de niños de entre 5 y 13 años desde Bilbao a Leningrado a bordo del “Habana” para ponerla a salvo de la guerra de España. En Leningrado los niños españoles fueron recibidos con enorme cariño por el pueblo ruso que se sentía muy solidario con la lucha del pueblo español contra el fascismo. La idea era que permanecieran en la Unión Soviética hasta que acabase la guerra, pero lo que iban a ser solo unos meses acabó convirtiéndose en años porque el final de nuestra guerra coincidió con el inicio de la Segunda Guerra Mundial y no pudieron regresar.

En Rusia fueron agrupados en lo que se conocía como las “Casas de niños”, edificios especialmente acondicionados para acoger a aquellos niños, donde, junto a los profesores y, sobre todo, las maestras que les acompañaron, continuaron con sus estudios que compaginaron aprendiendo el ruso y con actividades de las que nunca habían podido disfrutar en la España que habían dejado atrás: talleres de música, de pintura, de teatro, de danza, de aeromodelismo, actividades deportivas... Llegó a haber cerca de una veintena de “Casas de niños” diseminadas por el Oeste de la Unión Soviética. Carmen fue a la de Jerson, una de las más pequeñas. Los primeros años de aquellos niños en Rusia fueron los más felices de su infancia.

Pero la Segunda Guerra Mundial, que había empezado a asolar Europa a finales de 1939, llegó a Rusia en 1941 y las autoridades soviéticas, junto al Partido Comunista de España, organizaron la evacuación urgente de los niños hacia el Este, para alejarlos de la guerra. El dolor y el sufrimiento que tuvieron que vivir aquellos niños fue inenarrable y los marcó para toda la vida. Carmen pasó la Segunda Guerra Mundial en una pequeña aldea de Siberia, Tundrija, donde la nieve, el dolor y el hambre iban a ser sus compañeros inseparables durante los siguientes años, junto a los estudios pues nunca, ni en las peores circunstancias, aquellos niños dejaron sus clases y sus estudios.

Acabada la guerra, la mayoría de los niños españoles fueron reagrupados en Moscú. Allí Carmen se licenció en Geografía e Historia y obtuvo la medalla Pushkin por el ensayo sobre literatura rusa “De Pushkin a Tolstoi y Maiakovski”

Para el régimen de Franco, la mera existencia de aquellos niños suponía una amenaza. No fue hasta la muerte de Stalin cuando, tras duras negociaciones enmarcadas en una campaña de imagen frente al resto de los países europeos, les autorizaron a regresar a España. Habían pasado casi veinte años desde que se fueron. Carmen incluso había olvidado casi por completo el español, una lengua que tuvo que estudiar de nuevo ya que sus rudimentos gramaticales y su vocabulario después de tanto tiempo, eran los de una niña de cinco años.

En 1957 se enamoró de Tadeusz Wolni, un joven socialista polaco, con quien se fue a vivir a Polonia, donde tuvieron a su hijo Wlady. A finales de los 50 tomó la decisión de desplazarse con su familia a México para reencontrarse con su padre, Ricardo Castellote, exiliado allí desde 1939, que llegaría a ser secretario general de Partido Comunista de España en México y siempre se caracterizó por su lucha y apoyo a los exiliados españoles.

Es en el entorno de su padre donde Carmen conoce a muchos de los grandes poetas del exilio español como León Felipe o Pedro Garfias y entabla una estrecha amistad con Juan Rejano. En México Carmen trabajará durante casi veinte años dirigiendo el departamento de Geografía e Historia de la editorial UTEHA, una de las más importantes de Latinoamérica. Cuando se cerró la editorial, Carmen se dedicó a dar clases y a trabajar como correctora de estilo de tesis doctorales.

Cumplidos ya los cuarenta, Carmen empieza a escribir poesía como una forma de recuperar su infancia perdida. Su primer poemario, “Con suavidad de frío”, se publica en 1976. En él deja que sus poemas vuelvan a aquella pequeña aldea de Siberia donde pasó la guerra. Uno de esos poemas, “La guerra y yo”, comienza con el estremecedor verso “Caminos, kilómetros de tiempo...” porque para los exiliados

la distancia nunca se mide en metros, sino en años. Ese mismo poema, un desgarrado grito a la vida, termina con unos versos que encierran el universo poético de esa Carmen que busca refugio a su dolor en la poesía: “Una mujer quiere barrer el nuevo día/ con su vieja escoba, /y en la orilla de un colegio, dos niños luchan,/ mientras los otros ríen./ Ya nadie habla de la guerra./¿Qué hago con los muertos?”

A “Con suavidad de frío” le siguen otros poemarios: “Vuelo de nieve al sol” (1979), “Diálogo con la esfinge” (1983) y “Acta de renacimiento” (1985). No es fácil encontrar hoy la obra de Carmen, publicada en su mayoría en pequeños poemarios aparecidos en México y prácticamente desaparecidos. En esta edición contamos, además, con uno de sus poemarios inédito: “Gavilla de horas”, escrito en 2018

Junto a su obra poética, la obra completa de Carmen contiene varios libros en prosa como “Ristra de magdalenas” (2015), que es un conjunto de relatos muy influenciados por la educación rusa que recibió y su profundo amor por la literatura rusa; “Cartas a mí misma” (2017), un formidable conjunto de cartas poéticas que la Carmen de hoy le escribe a la niña que fue a Rusia; “Deshojando memorias” (2019), un nuevo conjunto de relatos, siendo estos dos últimos textos aún inéditos. Junto a su poesía y su prosa poética, destaca el ensayo “De Pushkin a Tolstoi y Mayakovski” publicado en México en 1987, que es por el que había sido galardonada en la Unión Soviética con la medalla Pushkin.

No quiero acabar estas líneas sin mencionar cómo llegué a Carmen, porque no es fácil encontrar obras y documentación de los exiliados, y especialmente de las exiliadas. Tras meses de búsqueda de información para escribir un texto sobre las mujeres de nuestro exilio, encontré tres de sus poemas en internet y una brevísima reseña biográfica. Imposible encontrar sus libros (en la Biblioteca Nacional tan solo tenían un ejemplar de “Vuelo de nieve al sol”) Con aquella escasa información publiqué una entrada dedicada a ella en mi blog. Meses más tarde recibí un tweet desde México en el que un joven me agradecía que hubiera escrito sobre su abuela. Le pedí que me contase todo lo que pudiera recordar sobre ella, sus anécdotas, vivencias...

Pero él me respondió: “No, no, lo que mi abuela quiere es que me dé usted su dirección porque quiere enviarle todos sus libros” Una semana después, en diciembre de 2019, me llegó una cariñosísima carta de Carmen agradeciéndome mi interés por su poesía. Junto a la carta me llegaron todos sus libros, algunas reseñas de prensa y una veintena de fotografías originales en papel de sus años en Rusia y en México. Desde entonces mantenemos una preciosa amistad a través de cartas, correos y llamadas telefónicas.

Es un verdadero crimen que la poesía de una poeta de la talla de Carmen Castellote, la última poeta viva del exilio republicano, sea hoy prácticamente desconocida en nuestro país. Su doble condición de mujer y de exiliada, sin duda, ha contribuido a que haya sido condenada al olvido. La iniciativa de la editorial Torremozas de publicar su poesía completa viene a paliar la tremenda injusticia que se ha cometido con Carmen durante décadas y a llenar el profundo vacío que la literatura tiene sin su obra.

Informada de la inminente publicación de su poesía completa en España, expresó, con la humildad que siempre la ha caracterizado, la profunda ilusión que le hacía: “Me da mucha alegría. Es maravilloso. Ahora Tundrija, una aldea perdida en la nieve y rechazada por los mapas, entrará en multitud de hogares y en muchos corazones sensibles. Creo, así lo estimo, que esa recuperación de la poesía del exilio es histórica. Yo conocí y fui amiga de varios poetas refugiados de la generación de mi padre: Juan Rejano, Pedro Garfias, León Felipe y otros más. Todos se merecen estar en el libro grande de la poesía, sin ello España no estará entera. Porque el exilio es muy triste, no eres ni de aquí ni de allá. Eres del exilio. De nadie. Yo me considero, en muchos sentidos, una persona con suerte. He contado con amigos extraordinarios, pero lo que sufrí en mi amada Siberia jamás lo podré borrar. Es una herida que ni siquiera me atrevo a tocar”

Carlos Olalla

Madrid, agosto de 2021